

lumbar



usase kill (bajo el cual, como se sabe, es buena regla no llevar ni siquiera un slip)?

Una prenda que comprime los testículos hace pensar de manera diferente, las mujeres durante sus periodos, los que padecen orquitis, hemorroides, uretritis, prostatitis y similares saben muy bien cuánto inciden en el humor y la agilidad mental las compresiones o las interferencias en la zona sacroiliaca. Y lo mismo puede decirse (quizas en menor grado) del cuello, de los hombros, de la cabeza, de los pies. Una humanidad que ha aprendido a andar con zapatos ha orientado su pensamiento de una manera diferente de como lo hubiera hecho de seguir andando con los pies descalzos. Es muy triste, en especial para los filósofos de tradición idealista, pensar que el espíritu sea tributario de tales condicionamientos, pero no solo es así. Lo curioso es que lo sabía hasta Hegel, y por ello se ocupó de estudiar las protuberancias craneales determinadas por los frenólogos, y justamente en una obra que se titulaba Fenomenología del espíritu. Pero el problema de mis jeans me ha incitado a hacer otras consideraciones. La prenda no sólo me imponía una actitud, una compostura, sino que, al enfocar mi atención en éstas, me obligaba a vivir hacia el exterior. Es decir, reducía el ejercicio de mi interioridad. Para la gente de mi profesión es normal ir andando mientras piensa en otras cosas, en el artículo a escribir, en la conferencia que hay que dar, en la relaciones entre lo Uno y lo Múltiple, en el gobierno Andreotti, en si hay vida en Marte, en la última canción de Celentano, en la paradoja de Epiménides. Es lo que en nuestro ramo llamamos vida interior. Bien, con mis nuevos jeans mi vida era toda exterior: pensaba en la relación entre yo y mis pantalones, y entre yo y mis pantalones con la sociedad circundante. Había realizado así la heteroconciencia, es decir, una autoconciencia epidérmica.

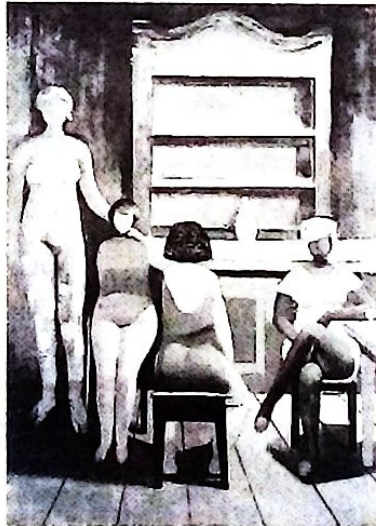
Fue entonces cuando reparé en que, con el curso de los siglos, los pensadores siempre han luchado para deshacerse de la armadura. Los guerreros vivían en la exterioridad, totalmente envueltos en lorigas y cotas de malla, pero los monjes habían inventado una prenda (majestuosa, fluente, de una sola pieza, que caían en pliegues estatuarios), que, a la vez que respondía de por sí a las exigencias de la compostura, dejaba el cuerpo (dentro, debajo) completamente libre y olvidado de sí. Los monjes eran ricos en interioridad y muy sucios: porque el cuerpo, protegido por un vestido que ennobleciéndolo lo liberaba, era libre de pensar y de olvidarse de sí mismo. Idea que no era solamente eclesiástica; basta recordar las bellas hopalandas de Erasmo. Y, cuando también el intelectual tiene que vestirse con armaduras laicas (pelucas, jubones, calzones), vemos que cuando se retira a pensar se pavonea astutamente en ricas batas o divertidos camisones desahogados a lo Balzac. El pensamiento aborrece los jubones.

Pero si la armadura impone vivir en la exterioridad, la milenaria sujeción de la mujer se debe también entonces a que la sociedad le ha impuesto unas armaduras que la llevarán a descuidar el ejercicio del pensamiento. La mujer ha sido esclavizada por la moda, no sólo porque, al obligarla a ser atrayente, a tener un porte etéreo, gracioso, excitante, la convertía en objeto sexual; ha sido esclavizada sobre todo porque la indumentaria que se le aconsejaba la imponía psicológicamente vivir para la exterioridad. Lo que lleva a pensar cuán intelectualmente dotada y heroica tenía que ser una Madame Curie o Rosa Luxemburgo. Esta reflexión no deja de tener interés porque nos induce a pensar que los jeans, símbolo aparente de

liberación y de igualdad con el hombre, que la moda impone hoy a la mujer, son otra trampa del Dominio, ya que no liberan el cuerpo, antes bien lo someten a otra etiqueta y lo aprisionan en otras armaduras, que no parecen tales porque aparentemente no son "femeninas".

Como reflexión final la indumentaria, al imponer una actitud exterior, resulta ser un artículo semiótico, es decir, una máquina para comunicar. Es algo que ya se sabía, pero todavía no se había intentado establecer un paralelo con las estructuras sintácticas de la lengua que, al decir de muchos, influyen en el modo de articular el pensamiento. También las estructuras sintácticas del lenguaje del vestido influyen en el modo de ver el mundo y de un modo mucho más físico que la consecutio temporum o que la existencia del subjuntivo. Observad un poco por cuántos caminos misteriosos transcurre la dialéctica entre opresión y liberación, y la dura lucha para ver claro. Incluso las ingles.

Umberto Eco. 1932, Italia. Crítico literario, semiólogo y novelista. Autor de "La estructura ausente", "Tratado de semiótica general", entre otros.



Carbé. "Peppermiu, 1997"

Los cisnes



Una bandada de cisnes volaba de las tierras frías a los países cálidos.

Volaba sobre el mar. Llevaba ya volando dos días con sus noches sobre el mar, sin descanso alguno. En el cielo lucía la luna llena, y los cisnes veían lejos, muy abajo, el agua azul.

Todos los cisnes estaban cansados de batir sus alas, pero no se detenían y seguían volando. Delante volaban los cisnes viejos, los cisnes fuertes, y detrás volaban los más jóvenes y débiles.

Un joven cisne volaba detrás de todos. Sus fuerzas se agotaban. Batió las alas y vio que no podía seguir volando. Entonces, extendió las alas y planeó abajo.

Cada vez que estaba más cerca del agua, sus hermanos blanqueaban a cada instante más lejos, envueltos en la luz de la luna. El cisne se posó en el agua y plegó sus alas. El mar oscilaba bajo él y lo mecía.

La bandada de cisnes era ya una rayita blanca en el claro cielo. Y en medio del silencio se oía apenas el batir de sus alas.

Cuando la bandada se hubo perdido de vista, el cisne torció atrás el cuello y cerró los ojos. No se movía, pero el mar, alzándose y bajando en anchas ondas, lo alzaba y bajaba con él.

Poco antes del amanecer, una ligera brisa rizó el mar. Y el agua acariciaba el blanco pecho del cisne. El cisne abrió los ojos.

En Oriente la aurora tenía de rosa el cielo, y la luna y las estrellas habían paldecido. El cisne aspiró profundamente, estiro el cuello, batió las alas, despegó del agua y echó a volar, rozando con sus plumas la superficie del mar.

Iba ascendiendo más y más, y cuando el agua estaba ya lejos, debajo de él, voló adelante, en dirección de los países cálidos. Volaba solo sobre las enigmáticas aguas hacia donde habían volado sus hermanos.

Leon Tolstói. Escritor ruso.

1828 - 1910